

LA CAPILLA DEL COLEGIO DEL ROSARIO RESTAURADA

En el mes de febrero del año pasado fue publicado en esta REVISTA un modesto estudio que hicimos de la refacción del Colegio del Rosario, y entonces dijimos: «La capilla, actualmente en construcción, merece mucho esmero por ser lugar santo, por ser allí donde se venera la Bordadita, amor de los rosaristas, por guardar las cenizas del santo fundador y para obedecer lo que mandan las constituciones: «Es preciso dar el primer lugar a los edificios consagrados inmediatamente a su veneración (la de Dios), que vienen a ser todos los concernientes a la iglesia.»

Ahora que acaba de inaugurarse felizmente con una hermosa fiesta esta capilla, donde volverán los colegiales y alumnos a venerar la santa imagen de la Bordadita, es tiempo de decir algunas frases sobre ella.

No queremos hacer un estudio crítico de la parte arquitectónica por ser obra que debieran acometer espíritus artistas más elevados y entendidos que el nuestro y para no cansar con lucubraciones desprovistas de mérito y quizá de interés para los amigos del arte de Vitruvio; únicamente pretendemos en estas breves líneas hacer una ligera descripción para que los antiguos hijos del Rosario, ausentes de la capital, y las entidades que patrióticamente ayudaron a su conclusión, puedan juzgar de la obra benéfica que con tantos esfuerzos ha logrado llevar a feliz término nuestro Rector para honor de la Virgen del Rosario y gloria del instituto secular.

Nó hablamos aquí, para no repetir, de las condiciones arquitectónicas elementales de todo edificio, ni de su carácter o su belleza, ni repetiremos lo ya dicho de historia de los estilos y nuestras opiniones sobre la arquitectura española.



Fresco en la bóveda principal.

Situada entre el antiguo claustro que dejó Fray Cristóbal de Torres y el nuevo que más tarde hizo levantar para las facultades superiores Monseñor Carrasquilla, se encuentra la capilla.

Su bella portada, a nuestro modo de ver una de las más hermosas y clásicas que nos dejaron los españoles, se conserva intacta con la pátina que los siglos le han dado y sin aquellos jalbegues que, so pretexto de mejoramiento o aseo, suelen dañar las antigüedades más perfectas. Representa el modelo sencillo y característico de las puertas románicas, con tendencias al churrigueresco que dominó en España por aquella época; a sus lados, sobre pedestal, columnas pareadas esculpidas en dura piedra, donde se labraron en la tercera parte del fuste complicados arabescos y en las partes superiores estrias, y coronadas por capiteles también románicos por su forma piramidal invertida, tallados con preciosas labores de fauna monstruosa. La clave del arco ostenta el escudo de armas del Arzobispo fundador y el tímpano una admirable composición de figuras de terracota, obra escultural de indiscutible mérito artístico ejecutadas en 1695, en cumplimiento de la voluntad del fundador, por Antonio de Pimentel y que representan con gran soltura y naturalidad y con correctas facciones: «La Virgen del Rosario con el niño Jesús en el brazo izquierdo y en actitud de entregar el rosario a Santo Domingo, que es la figura que está a su derecha; al lado izquierdo de la Santísima Virgen está, como en místico éxtasis, Santa Catalina de Sena, y a su izquierda se ve el angélico doctor Santo Tomás de Aquino, figura que queda al frente de la del Ilustrísimo fundador, doctor Fray Cristóbal de Torres, quien está representado de rodillas y con las manos juntas, en humilde oración, a la derecha de Santo Domingo.»

Del frente de la capilla sólo se conservará esta portada, pues sobre ella se están construyendo ventanas escalonadas, también del estilo románico; la antigua torre, primero destruída en el terremoto del 12 de julio de 1785 y reconstruída después con la caperuza de las torres del auténtico y primitivo estilo románico, característica de las torres construídas en el período románico-bizantino, cuyo carácter fue perdiendo a través de los años, será sustituida por otra cuyo plano no conocemos, pero que estamos seguros habrá de conservar su carácter a la capilla sin discordar con su portada.

Después de contemplar la portada y de pasar la secular puerta de hojas profusamente claveteadas, con los pesados cerrojos que la exornan, dándole mayor carácter, siente el espíritu una impresión difícil de expresar por el cambio que experimenta la vista de lo antiguo a lo moderno, y el alma por el paso repentino de lo serio y sublime a lo festivo y agraciado; por el contraste de los oscuros y vetustos sillares, esculpidos en roca del exterior y los dorados y brillantes adornos de estuco y madera del interior; por contemplar casi simultáneamente las esculturas graves y sencillas del artista español y los frescos de tema semejante y de alegre colorido del artista italiano.

Pero como tránsito entre estas contraposiciones se halla el cancel y el antiguo coro de madera con sus alfarjes, ambos enlucidos para quitarles su *vejez* conservándoles su *antigüedad*.

Las dimensiones de la única nave de la capilla son proporcionadas y ofrecen un conjunto armónico; su estilo indefinido, algo así como de la época de transición en que quisieron los arquitectos italianos del fin del siglo doce, los franceses de mediados del mismo siglo y los alemanes cerca de 1240, colocar las ojivas del gótico dentro de los mismos templos románicos, pre-

sentó a los ojos del profano un aspecto variado y agradable. Sin embargo es de notar que no llena todas las características del llamado *estilo de transición*, como son los arcos trilobados y los capiteles terminados en botones en los cuatro ángulos del ábaco.

Sabido es que las columnas empotradas, a pesar de tener su origen en la más remota antigüedad, son de mal gusto porque mezclan el muro y la columna, superponiendo dos fines opuestos sin necesidad íntima, pero la arquitectura moderna los reemplazó por la pilastra; por esto son de muy buen efecto las pilastras dóricas que en los extremos de la capilla sostienen las arcadas de medio punto sobre las que descansa la bóveda, sirviendo no sólo para recibir los esfuerzos laterales sino principalmente como motivo de ornamentación.

Las bóvedas usadas en un principio por los romanos se generalizaron mucho después del Renacimiento, trasmitidas indudablemente por los etruscos, como la que fue construída en esta capilla según los deseos del fundador; es cilíndrica, de cañón seguido, y ha sido hoy decorada con pinturas de variadisimas formas geométricas. En el centro de esta bóveda ejecutó el pincel de un artista italiano una hermosa decoración cuyo tema describió con la maestría con que sabe hacerlo el señor Rector en su bella oración pronunciada en la misma capilla el diez del pasado, con motivo de la fiesta de la patrona titular, la Bordadita.

Esta ornamentación muy propia para todos los estilos y para los diversos sistemas de abovedados, campea mejor en la bóveda de medio punto y en un estilo como el de la capilla que nos ocupa.

Desde los tiempos más antiguos, existe una alianza íntima entre la arquitectura y la pintura; todos los edificios de la India, del Asia Menor, del Egipto, de la Grecia, estaban cubiertos de pinturas por dentro y por

fuera. La arquitectura de los Dorianos de la Atica, de la Grecia y de la Etruria era pintada, y la historia nos refiere que por el siglo X se pintó la cúpula de la abadía de Clunio, el fresco más antiguo de Francia.

Hay en esta pintura gran sentimiento místico, dibujo suelto, modelado firme, composición original, y sobre todo, lo que nos llama más la atención, por lo escaso en Bogotá, es esencialmente decorativa. Creemos necesario explicar aquí que la pintura decorativa, *siempre subordinada a la arquitectura*, no debe confundirse con los cuadros de caballete. La pintura decorativa, como acertadamente lo observa un gran crítico, debe tener una factura simple, exenta de minuciosidades que serían inapreciables con la distancia. Debe observar siempre el equilibrio de las masas y la franqueza en el colorido, sin llevar la composición a esos tonos grises y neutros que llevan al espíritu la tristeza y el fastidio.

Del mismo género son las decoraciones que se hallan en la bóveda del presbiterio y el grupo de ángeles que sirven de fondo al altar y que forman una corona a la Virgen del Rosario, como los que le forman pedestal en el cuadro, bordados por manos reales.

La pintura de los muros laterales está simulando aparejo de ladrillo de hiladas iguales en altura y de igual anchura, el *opus isodomum* de los romanos, de variadísimos colores de tonos suaves, muy usada en la arquitectura moderna, principalmente en la italiana.

En el arte de construir es necesario unir lo útil con lo bello, es decir, unir lo agradable a lo necesario, lo cual debe aplicarse especialmente a la decoración de los muros, pero es indispensable añadirle carácter al edificio y armonizar con el espíritu general de su arquitectura; a pesar de que es un accesorio susceptible

de supresión sin quitarle carácter al conjunto, con todo debe estar subordinado a él.

Dos filas de ventanas dan entrada a la luz de la capilla: las inferiores son de medio punto, coronadas por una cornisa moldurada que sostiene cabezas de ángeles en lugar de consolas. Los arquitectos modernos han sido inspirados, después del Renacimiento, de las disposiciones generales usadas en los edificios antiguos para la decoración de las ventanas, pero modificándolas en los detalles y añadiéndoles nuevos elementos. Nosotros creemos que todo sistema que tienda a encerrar, para los menores detalles, la arquitectura en fórmulas más o menos precisas y absolutas, es contrario al espíritu mismo del arte, que es creador y debe permanecer libre.

Las ventanas que se hallan sobre la cornisa son del gótico radiante del siglo XIV. Por unas y otras los rayos del sol no penetran sino amortiguados por las pinturas de las vidrieras, necesarias para completar el perfecto aislamiento del exterior, pues lo que el hombre necesita no es lo que le ofrece la naturaleza, sino un mundo hecho por él y para él sólo, apropiado a su meditación interior, a la conversación del alma con Dios y consigo misma.

Bajo marcos de estuco adosados a los muros, se ven varios cuadros antiguos de variados temas, de autores desconocidos en su mayor parte, pero de mérito tanto artístico como histórico; en el paramento del lado sur luce un cuadro moderno, en donde el artista señor Ramelli quiso representar aquella escena hermosa de la vida de San Francisco, cuando el santo rogaba a un joven cazador le diese unas palomas cogidas por él y dirigiéndose a las avecitas les habló así: «Oh, hermanitas mías, quiero hacerlos los nidos para que déis fruto y os multipliquéis, según el mandato de

vuestro Creador,» las cuales obedecieron las órdenes del Serafín de Asís. Da el cuadro idea del amor del Santo por sus hermanas las aves, y en el rostro complaciente del niño se ve la mística fisonomía del que más tarde fue fraile muy santo de la Orden de Menores.

El piso de la capilla es de listones de madera, con los pasillos y el centro de baldosines de figuras geométricas semejantes a las de la bóveda y de colores que armonizan con los de los muros, y de los cuales ya dijimos algo en nuestro estudio anterior.

Del lado de la epístola se halla el púlpito, bellísima obra artística de arabescos de madera dorada, el cual lució hace algún tiempo en nuestra Catedral y que hoy constituye una de las joyas antiguas que posee el Colegio.

Separa el presbiterio del cuerpo de la capilla el barandal del comulgatorio, del mismo estilo y forma que el del piso superior del claustro nuevo, y que como ya dijimos antes, es decoración muy propia en todos los órdenes y en todos los estilos, y usada desde el siglo XIII, revistiendo gran variedad de formas tanto en el exterior como en el interior de los edificios.

Bajo el arco de la bóveda se levanta el altar gótico (1) emplazado contra el muro, como los altares del siglo XIII, cuando el desarrollo del estilo ojival, con delicados trabajos de entalladura y dorado. Este altar desmantelado en algunas ocasiones por manos criminales, ha sido hoy reconstruido de estilo diferente y sirve de trono y dosel a la Virgen del Rosario, que bordaran manos reales, y que se veneró en un tiempo en rico altar dorado frente al púlpito. Su antiguo marco lo sustituye el mismo retablo gótico, con sus haces de

(1) En la basílica de San Juan de Letrán, en Roma, bajo los arcos de medio punto se ve un altar gótico de un estilo semejante al de la capilla del Colegio.

columnas con capiteles (1), y sobre estos capiteles el arco apuntado y trilobado con sus tréboles de cuatro hojas, sus rosetones y sus pináculos sobre los que luce el enrollado *bourgeon*, que llaman los franceses. Y en medio de ese bosque de troncos, de ramas y de arcadas, que alza sus cimas puntiagudas, se destaca el hermoso cuadro de la Bordadita con la aureola de los nueve coros angélicos, y condecorada con la medalla de oro que el actual Rector recibió como homenaje nacional en sus bodas de plata rectorales.

El conjunto de las masas con sus finos dorados y esmaltes divididas, modeladas y cortadas por todos lados en formas que en sí expresan la tendencia ascensional, los adornos de los pequeños pilares, ojivas y triángulos apuntados y sus pináculos como pequeños campanarios por su esbeltez y elegancia, ofrecen un poderoso contraste.

En el presbiterio, del lado del evangelio, se conserva el sepulcro de Fray Cristóbal de Torres, construido en 1793. Su estilo, de orden dórico completo, armoniza con el resto de la capilla; la urna descansa en una bóveda sobre el pedestal; dos columnas coronadas por su entablamento y cornisa y por un frontón triangular mutilado con sus jarrones ornamentales, forman como la portada del nicho donde se destaca la estatua del señor Torres, de rodillas, con capa magna encarnada, con la vista hacia el altar y las manos en actitud de oración. Sobre el sepulcro está esculpido el escudo heráldico del fundador, en mármol verde, y al pie, en plancha de mármol, el mismo epitafio que hizo grabar en piedra el señor Caycedo y Flórez.

(1) El capitel gótico desapareció en un tiempo, mas después se usó reemplazando la flora estilizada del románico por la flora local, con flores y hasta con frutos.

Además de esta tumba se hallan los sepulcros de Masústegui, de José María del Castillo y Rada y de muchos otros hijos ilustres del Colegio.

En resumen, en esta capilla los artistas, sirviéndose de la facilidad con que los edificios religiosos se prestan a la belleza, pues en las construcciones cuyo carácter predominante es la utilidad, aquélla no puede ir sino como ornamento, pusieron todo el arte y la ciencia que podía haber dentro de los límites estrechos pero grandiosos de este sagrado recinto.

Dejamos así descrita a grandes rasgos, sin hacer obra crítica alguna, la parte más importante del suntuoso edificio del Colegio del Rosario, el mejor de los edificios escolares de la República.

Este ha sido un favor más que patentemente ha querido hacer la Patrona del Colegio a sus amantes hijos, gracias a la ayuda de algunas entidades oficiales y al celo y amor al claustro de Monseñor Carrasquilla.

Felicitemos de manera muy sincera al señor Rector, por la obra que ha llevado a feliz término para honor de Colombia, a los hijos del Colegio y a los artistas que con sus luces e inteligencia supieron dar brillo y esplendor a la mansión de la Virgen del Rosario.

DANIEL ORTEGA RICAURTE
Catedrático del Colegio.

Bogotá, octubre de 1920.



SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Cuadro al óleo de Mauricio Ramelli en la Capilla del Colegio del Rosario.